



**LA
LECTURA
DE LOS
DIENTES**

LINA MARÍA PARRA OCHOA

ILUSTRACIÓN: CAMILA LÓPEZ

Frente al espejo Esperanza confirma que tiene los dientes perfectos. Todos los días confirma la misma cosa, porque casi todas las noches sueña que se le caen. Otras noches simplemente no sueña nada, a veces sufre de insomnio. Hace tiempo no ejerce la odontología y los únicos dientes que mira son los suyos en las mañanas, los de su esposo en las noches y los de su perra cuando se los cepilla una vez a la semana.

Se está pasando la seda dental por entre los dientes frontales, cuando Soledad la llama al celular. La pantalla brilla con la foto de su hermana. Estamos viejas ole, así la saluda, no lo puede evitar porque la foto, y de paso el espejo frente al que ella se encuentra, se lo recuerdan. Soledad no contesta nada, no le gusta hablar de la vejez, de los años que ya, inevitablemente se le notan. Pero toma aire y le dice a su hermana para qué la llamó. Necesito que me revisés los dientes. Me duelen unas muelas. Unas de esas de atrás que me jodió el tegua de Heliconia. Esperanza no se resiste a la propuesta, aunque vivan en ciudades diferentes. Lleva varios meses desde que se jubiló, sin hacer nada y sin querer admitir que está aburrída, que ha perdido el propósito. Esa mañana empaca un par de mudas de ropa, llama a su esposo para avisarle que no la encontrará esa noche cuando vuelva, y que si puede regrese más temprano para alimentar a la perra. Logra comprar un vuelo, y en la tarde está bajando a Medellín en un taxi que huele a nuevo.

Se repasa los dientes con la punta de la lengua, ya es un tic que tiene de hace tiempo, pero cuando se ve en el retrovisor del carro, deja de hacerlo. Relaja los gestos de su rostro y se toca suavemente con el dedo la piel del contorno de la boca, como queriendo sentir las pocas arrugas que ya no se borran. El taxista la mira a través del espejo y Esperanza se avergüenza y vuelve los ojos hacia la ciudad, allá abajo entre las montañas. Después de otro rato de silencio el conductor le empieza a poner conversación. A cada pregunta que recibe, Esperanza contesta con una mentira. Que en qué trabaja: administradora de empresas. Que si es de afuera: no, vive en Medellín. Que si es casada: viuda.

Aprendió sola a decir mentiras. Nadie le enseñó, por el contrario, le taladraron en la cabeza que no las dijera, que no dijera cosas inventadas, cosas que no eran ciertas. Pero descubrió como casi todos los niños, por azar, las posibilidades de las mentiras, y no quiso renunciar a ellas. Conocía sus mentiras y no se contradecía, las estudiaba, las extendía frente a sí para que se le revelara cada esquina, y levantaba un mundo como una maqueta, en donde la mentira se erigía verdadera. Con el tiempo y el entrenamiento nunca nadie llegó a descubrirla. Las respuestas salen de su boca certeras y directas, como las verdades que no hay que pensar. Esperanza se complace con esto, porque entiende que ya le es tan común mentir que le sale natural, como un talento.

Cuando se baja del taxi es una mujer que ha vivido en Medellín toda la vida, que no ha podido jubilarse de administrar empresas porque la ley de garantías no la acogió,

que no tiene hijos y no disfruta de los animales, que quedó viuda hace un par de años y que viaja para distraerse de la falta del marido. Pero cuando se para ante el edificio donde vive su hermana, el taxi ya en la esquina de la cuadra, vuelve a ser ella, la odontóloga jubilada sin propósito.

Dejó Medellín para estudiar odontología en la Universidad Nacional de Bogotá en el 74. No recuerda por qué quiso esa carrera y nunca pudo explicárselo a nadie más, pero sacaba buenas notas y eso era lo que bastaba para la familia. Casi una médica. Años después compensaría la falta de ambición profesional al casarse con un médico alemán y tener una niña y un niño que crecerían para convertirse a su vez en médicos. Su hermana la recibe en la puerta del apartamento y se disculpa por no haber ido a recogerla al aeropuerto, pero el dolor de muelas la tiene mareada. La nariz de Esperanza es aguda como un sabueso, huele un tufillo de mal aliento que sale de la boca de su hermana al hablar. Se ha estado lavando mal los dientes por el dolor.

En el año 62 llegó al pueblo un dentista de Medellín. Traía sus herramientas en un maletín de cuero y montó consultorio en una oficinita en una esquina del parque. Colgó a la entrada su diploma, pero nadie se molestó en leerlo. No había más opciones, en Heliconia no existían los dentistas. Al otro día de su llegada la fila de gente atravesaba el parque y casi alcanzaba la iglesia. El hombre se dedicó a sacar muelas, sin anestesia, sin pericia y sin misericordia, y en una semana ya medio pueblo estaba mueco. Pero el domingo, el cura desde su púlpito advirtió a los feligreses de las malas prácticas del dentista que en realidad no lo era, porque el diploma que había colgado a la entrada de su consultorio improvisado, era de una universidad que no existía en Medellín. El cura lo revisó de cerca después de dos días de dolores por la muela que el dentista le había arrancado. Pero ya el daño estaba hecho.

Esperanza recuerda ese domingo en la misa en que escuchó llorar todo el tiempo a Soledad, con la cara hinchada y las mejillas verdosas. El sábado la habían llevado al dentista que le sacó con tenazas dos muelas. Los terceros molares inferiores, aprendería después en la facultad. Desde eso Soledad solo volvió al odontólogo si era estrictamente necesario, e incluso en esos casos posponía las visitas hasta que los dolores eran insostenibles. Casi siempre cedía más fácil ante la perspectiva de una revisión o de un procedimiento si era de la mano de Esperanza.

Esperanza sienta a Soledad sobre la tapa del sanitario porque la luz blanca del baño es la más propicia de toda la casa para hacer el examen. Se pone guantes de látex y un tapabocas, y se asoma adentro de la boca de su hermana, como lo hacía tantas veces al día antes de jubilarse. La misma coreografía, el paciente se acuesta con la boca cerrada a presión, con los ojos abiertos de miedo. Ella lo relaja con unas palabras que fue puliendo con el tiempo en el oficio y que siempre funcionan. El paciente abre la boca ante su pedido, como una caverna y ella se sumerge entre los dientes, en ese universo oscuro y a veces maloliente, y deja de pensar en la persona. Tenés mal aliento, le dice

a su hermana. Lee con detenimiento la historia de Soledad en sus dientes. Las muelas que le sacaron a los ocho años. Las calzas que le pusieron después en Medellín. Las encías un poco inflamadas y rojas. El tono amarillo de los dientes, aunque su hermana no fuma. Hay una inflamación alrededor del segundo molar inferior del lado derecho. La encía está casi negra. Hace unos meses a Soledad le operaron esa zona porque se le estaban muriendo unos nervios que quedaron lastimados desde la infancia. Esperanza entiende que hay que volver a operar, pero no quiere decírselo todavía.

Se toman un café negro en la cafetería de un centro comercial y cada vez que su hermana habla Esperanza le mira los dientes. No le cuenta que está aburrída, que no tiene propósito, que extraña la odontología. No le dice nada de la emoción que le causó la perspectiva de emprender un viaje solo para examinar una boca, que la hizo temblar un poco mientras empacaba. Pero decide quedarse unos días más, para acompañar la cirugía de su hermana. Es amiga del odontólogo de Soledad, estudiaron juntos la carrera. En los setenta caminaban desde el centro de Bogotá hasta Chapinero, enfundados los dos en unas ruanas de lana virgen porque ambos venían de climas más cálidos. En Chapinero él la dejaba en su casa y seguía unas cuadras hasta un inquilinato donde le arrendaban una pieza fría. Las caminadas terminaron cuando Esperanza conoció al alemán. Dejaron de verse. Ella encontró a su amigo muchos años después en el directorio odontológico de la empresa de salud de su hermana y se lo recomendó simplemente porque no conocía otro nombre en la lista. Salió mediocre, piensa mientras se termina el café.

El dentista de Heliconia se escapó la madrugada del mismo domingo del sermón, como si hubiera olido lo que se le venía, y cuando la gente llegó a buscarlo ya no quedaba nada. Esperanza fue de la mano de su padre, de la otra mano iba pegada Soledad. Ninguna de las dos sabía si lo que iban a presenciar sería un reclamo o una tunda de planazos de machete para el dentista. En la oficina había una mesa y un par de sillas volcadas. La gente no encontró contra qué otras cosas desahogar su ira. Ante el vacío, su papá salió rumbo al quiosco a tomarse unas cervezas y les ordenó que se fueran para la casa, pero Soledad y Esperanza se quedaron un momento más. En uno de los cajones de la mesa Esperanza encontró una herramienta metálica en forma de garfio delgadito y se la metió al bolsillo. Con esa el dentista escarbaba entre los dientes, ella lo había visto el día que le sacó la muela a Soledad. Frente al espejo Esperanza de siete años repitió la acción. Extrajo la herramienta del bolsillo y con la punta metálica se sacó los restos de comida de entre los dientes. Le gustaba mirárselos, y también mirar los de las otras personas. Le parecían extraños, un poco monstruosos, protuberantes, puntudos, como serruchos.

Tal vez de ahí fue que le dio por la odontología. De esa herramienta. Esperanza cae en cuenta que no la guardó, que muchas cosas de su infancia se fueron perdiendo con las mudanzas. Como cuando tenía siete años, se para frente al espejo del baño en el

apartamento de su hermana y se saca con la seda dental los restos de comida de entre las muelas. Se toma su tiempo y se estira la boca para poder acceder a las partes más cavernosas. Cuando termina ve que las arrugas del rostro, que son pocas para su edad, están muy delineadas. A la piel le cuesta volver a su estado original, ya no es tan elástica. Estoy vieja, dice. Tiene sesenta y dos años. Soledad la espera en la puerta. Media hora después se están bajando de un taxi al frente de la casa de doña Beatriz. Esta vez, Esperanza no dice mentiras, porque el taxista no pregunta nada y ella se queda con las ganas de contar que se acaba de casar con un gringo millonario que se la va a llevar a vivir a Canadá, y que con su hermana quieren convencer a su mamá para que acceda a vivir en un geriátrico. Pero cuando el taxi ya ha arrancado y va en el semáforo de la otra cuadra, al frente de la casa vuelve a estar Esperanza, la odontóloga jubilada que disfruta mentir, y su hermana Soledad, a quien le duelen las muelas.

La casa de doña Beatriz está vacía, y pasan directamente a lo que ella llama consultorio, sin tener que esperar. Esperanza no ha preparado su historia, pero no tiene miedo, sabe que las cosas se le van a ocurrir sin problema. Desde adolescentes a ella y a Soledad les ha gustado ir a donde brujas. Mujeres que lean el tarot, el chocolate, el café, la mano. Mujeres que hablen con fantasmas, con ángeles, con las ánimas del purgatorio. Pero desde adolescente Esperanza decidió que siempre iba a decir mentiras. El asunto le interesaba más así. Quería ver con qué salían las señoras si ella se empezaba a inventar otras vidas y otros problemas.

Cada vez que viaja a Medellín van juntas a donde doña Beatriz, que no es su bruja de cabecera pero que cuenta las mejores historias, y se inventa los mejores futuros. Soledad siempre sale imbuida de una falsa ilusión que se le diluye por completo apenas llega de nuevo a su casa. Esperanza simplemente disfruta imaginándose por un momento que es esa mujer falsa que ha ido construyendo con el tiempo para doña Beatriz. Esta vez, la mujer les indica que quiere probar un nuevo procedimiento que ha aprendido. La lectura de los dientes. Esperanza se queda lívida, no está preparada para esto. Ambas hermanas se sientan a un lado de una mesa de vidrio, del otro lado está doña Beatriz que extiende una pañoleta negra y saca de una caja de metal un puñado de dientes blancos. Esperanza debería poder nombrar cada uno, pero por un momento no recuerda nada de lo que aprendió en la universidad. Doña Beatriz mete los dientes en un vaso de vidrio, lo agita un par de veces y lanza los dientes sobre la pañoleta negra con histrionismo de bruja corriente. Las historias son las de siempre, pero esta vez solo para Soledad, esta vez Esperanza se queda callada, dice que no tiene nada que preguntar. Mira los dientes y cree ver algo, siente que puede leerlos, igual que si estuvieran ordenados en la boca de alguien. No sabía que esto podía hacerse y se lamenta un poco de que hayan pasado tantos años de su vida sin descubrirlo.

En Bogotá, unas semanas después Esperanza busca entre las cosas que trajo a casa de su consultorio luego de la jubilación. Hace días no se mira al espejo las arrugas ni

revisa que los dientes no se le hayan caído en la noche. La angustia del aburrimiento parece una de las mentiras que se inventa para los taxistas o para las brujas baratas. En una caja de cartón marcada *varios*, encuentra un tarro de vidrio, donde fue guardando algunos dientes a lo largo de los años sin que su asistente se diera cuenta. Eran dientes que por diferentes motivos quedaron abandonados, dientes que, después de extraídos, sus dueños no quisieron llevarse. Esperanza nunca entendió cómo las personas podían dejar algo de sí mismas botado e irse tan tranquilas. Ella los conservó con la devoción pragmática que se le profesa a algo respetado más que adorado.

Saca los dientes del tarro y los mira reposar sobre su mano. Le parece completamente lógico que esto es lo que se haga con ellos. Que puedan leerse los dientes. Después de todo es lo que ella ha hecho toda la vida, asomarse a las cavernas y leer en los dientes las vidas de las personas. Qué comen y cómo se lo comen. Si tienen nervios o estrés. Si fuman o toman mucho café o alcohol. Si son limpios o descuidados. Siente el temblor y la emoción de antes. Hay un propósito. El desarrollo histórico de la odontología ha sido brutal y doloroso. Desde los dentistas sin título que arrancaban muelas de gente igual que de ganado, hasta las cirugías reconstructivas que eran impensables hace unos años. Ahora existen nuevas tecnologías que Esperanza no puede manejar. Finalmente está mejor la jubilación. Tal vez la odontología fuera solo un camino, una puerta. En la odontología Esperanza había sido pequeña y prescindible, pero ahora, con los dientes de extraños en su mano abierta, presiente que la lectura de los dientes es algo para lo que ella nació, algo en lo que será indispensable. Lamenta un poco no haber leído bien las señales que creyó recibir en su infancia, pero sabe que ahora la lectura le saldrá natural, y que esta vez será verdadera. Sobre los dientes no pueden decirse mentiras.

Se sienta a la mesa del comedor. Coge el vaso de plástico azul que usaba en su consultorio para que los pacientes tomaran agua después de algún procedimiento. Al fondo puede ver los dientes y las muelas que sacó del tarro de vidrio. Los agita con un movimiento del vaso y los lanza sobre la mesa de madera, sin histrionismo. Los dientes caen aleatoriamente y se desperdigan. Un molar superior queda rozando un canino inferior izquierdo. Uno de los frontales está casi al borde de la mesa. Tal vez toda su vida debió hacer esto. El resto de la tarde lo pasa aprendiendo a leer en esos patrones dentales las indicaciones para el futuro. ■

Lina María Parra Ochoa

Escritora graduada en Filosofía y letras, con maestría en Estudios latinoamericanos de la Universidad de Leiden en Holanda. Trabaja como docente universitaria de literatura y escritura creativa. En 2017 gana la Beca de creación de la Alcaldía de Medellín en la modalidad de cuento. *Malas posturas* es su primer libro.

